

Santos del día 15 de abril.—Viernes Santo.—Santas Basilia y Anastasia, mártires.

Es día de abstinencia. Sale el sol á las 5'21; pónese á las 6'40.

## SUITOS PARA EL 15.

En la Catedral habrá á las seis y media sermón de Pasión, que dirá el Sr. Magistral; á las nueve, Horas y los oficios; á las cinco Mañanitas y después sermón de Soledad que dirá el canónigo Sr. Santuste.

En la Real Capilla habrá por la mañana á las diez los oficios, Pasión cantada y la ceremonia del indulto de varios reos; de doce á tres sermón de Siete Palabras, predicando el señor magistral; á las seis y media el de Soledad, que dirá D. Manuel Ibañez.

En las parroquias habrá Oficios á las nueve.

En San José, á las siete y media.

En las Arrepentidas, V. O. T., Santa Isabel, Servitas, á las ocho.

En Monserrat, Latina, Niñas de Leganes y San Pascual, á las nueve.

En el Refugio, á las nueve y media.

En los Flamencos y Donados, á las diez.

En San Gines, á las diez y media.

En Calatravas, Comendadoras, San Plácido y Naturales, á las once.

Á las seis de la mañana dirán el sermón de Pasión.

En San Martín, señor García Cano.

En Trinitarias, señor Morlans.

En Capuchinas, señor Medina.

De doce á tres dirán sermón de Siete Palabras:

En San Andrés, señor García Cano.

En los Servitas, señor Cuevas.

En San José, señor Chamuel.

En el Cristo de la Salud, señor Díaz Guisado.

En Santa María, señor Moreno Collado.

En S. Plácido un padre de la compañía.

En las Salesas (Santa Engracia), un padre de la compañía.

En el Caballero de Gracia, á las dos, sermón de Agonía, Sr. Rodríguez.

En Góngora, id., Lagranja.

En San Martín, á las tres, sermón de la Lanzada.

En las Salesas (calle Ancha) y en las Arrepentidas, id., id.

Á las cuatro de la tarde será la procesión pública de los Pasos, saliendo de San Gines.

En las Descalzas, á las cinco, la procesión del Santo Entierro por los claustros contiguos á la Iglesia; después sermón de Soledad, predicando el señor Alia.

En el Caballero de Gracia y en San José, por la noche.

En las Jerónimas (calle de Lista), á las tres, sermón de Soledad que dirá D. Isaac de Miguel.

En los demás templos, de siete á nueve de la noche.

En Santa María predicará el señor Díaz Guisado.

En San Gines, el señor Uribe.

En San Martín, el señor Herce.

nificencia del espectáculo que se descubría desde lo alto de las rocas.

Un huertecillo rodeaba la casa. Delante de él estaba el mar con su inmensidad, y las estrellas sembraban un polvo luminoso en el torbellino de sus olas.

Detrás, del otro lado del arenoso camino por donde habíamos venido, reverdecaban los campos, mezclados de landas, de aliagas y de raquíuticos sotos.

Toda la belleza del país, su horror, más bien, consistía en la prodigiosa altura de las negras rocas, contra las cuales se estrellaban las olas.

En realidad, yo era presa de una pena mortal. Se aproximaba la hora de la separación, y la idea de abandonar á Ana-María en aquella indigencia y en aquella desolación, me era insoportable.

Entré.

## XXIV

La dueña de la casa no se había ocupado de mí.

No se ocupó más cuando me permití invadir su morada.

Estaba completamente entregada á la dicha de volver á abrazar á su ahijada, ó más bien á su verdadera hija.

Antes de atraer su atención, tuve tiempo de examinar el interior.

El examen no podía ser largo.

Por lo que pude juzgar al primer golpe de vista, se componía de dos piezas.

Una escalera que yo había visto desde fuera, cubierta por un tejadillo, conducía al granero.

Además, en la otra extremidad de la casa, en la otra esquina, para mejor decir, una pieza estrecha, cubierta igualmente de pizarra, debía servir de bodega y de leñera, ó tal vez de gallinero y conejera para esos animales que los aldeanos crían como pueden.

Estaba casi seguro de haber visto también en una gran cavidad de la roca una pequeña construcción para esas vacas bretonas, sobrias y finas, que no necesitan ni mucho sitio ni mucho forraje.

De las dos piezas del interior, la una servía de cocina.

Su aspecto era más alegre de lo que yo había pensado.

Se necesitaba sin duda una austeridad poco común para contentarse con esto; pero estaba limpio, lo que, tengamos el valor de de-

cirlo, me sorprendía por lo que había visto desde mi salida de Brest.

Las mesas relucían. Los morrillos de la chimenea no tenían una mancha.

En ella ardían algunos troncos de roble que con su brasa la animaban al par que ellos se consumían lentamente.

Las toscas sillas, parecidas á las de las iglesias de las aldeas, eran de paja nueva y cortinas de rojiza tela cubrían dos estrechas ventanas que parecían haber sido encaladas aquel mismo día ó el anterior.

Desde la puerta que, estaba abierta, eché una ojeada á la otra pieza, que era sin disputa la mejor de la casa.

Contenia dos camas, no de esas camas antiguas que se ven por todas partes en la Bretaña tan amante de sus tradiciones, sino modernas, con sus alfombras al pie, y una cómoda y un tocador de cerezo recientemente llegados de París.

Mi cara expresó sin duda cierta admiración, porque Ana-María, separándose de los brazos de Francisca la hizo notar mi presencia diciéndola.

—El señor barón de Chatel.

—Y en seguida continuó dirigiéndose á mí.

—¿Os sorprende este lujo? Vos sois quien lo pagado.

—¿Cómo?

—Acordaos de los quinientos francos que me disteis para mi madrina.

—Los había olvidado.

—Ya veis continuó Ana-María, nada me faltará aquí.

Me incliné á su oído.

—¿Sabe algo?—la pregunté.

—¡Sí, la he confesado mi falta!

La madrina había aceptado todo, sin queja y sin llanto.

¡La fatalidad! ¡París!

Además las dos líneas de su ahijada la habían prevenido.

—¿Porque llegaría de improviso y de noche?

Francisca Cloarec tenía sin embargo cara casi severa, ó más bien grave y resignada, esa cara que ponen los pescadores cuando se encuentran en alta mar é interrogan al horizonte viendo venir la tempestad; la expresión de los bretones fatalistas dispuestos á sufrirlo todo, á quienes ningun dolor asusta y que ningun golpe derriba sino el que les mata.

—¿Raza de bravos y de cristianos!

—La buena mujer no se atrevía á hablarme,

... aunque... me prepararía preparar el por... ausencia, y tal vez atenuar el mal... por Virginia.

Noticias adquiridas respecto á Angela me habían conmovido violentamente.

Estas noticias eran poco más ó menos lo que Desvaux acababa de expresar:

¡Sufría! ¡Luego seguía amando!

Una vaga esperanza se presentaba en mi espíritu, pero solo como esas auroras que apenas atraviesan las tinieblas de la noche.

Más tarde os diré cuál era esta esperanza.

—¿De modo—repuse—que te gustaría pasar allí algún tiempo?

—¡Oh! sí.

Conté por los dedos.

—¿Pero eso llegará pronto?...

—Tenemos un médico en Plougastel.

—¿Se llama?...

—El señor Pordie.

Ese galeno de aldea no me inspiraba confianza, á decir verdad.

Ana-María adivinó mi inquietud.

—Y, además, está allí mi madrina—dijo casi con alegría,—feliz con la idea de volver á Bretaña, y el señor rector, que también sabe cuidar á los enfermos. No temáis nada.

La esperanza de aquel viaje la daba una repentina alegría.

—¡Seré valiente!—añadió.—¡Amaré tanto á mi hijo, porque vendrá de vos!...

Hice una última objeción.

—Estará muy mal en aquella cabaña, mientras que aquí...

—¡Mal!—exclamó con dulce ironía.—Aquí es donde estoy mal, en este lujo que no ha sido creado para mí, y que me humilla. ¡Ah! ¡si vos no estuviésteis aquí! ¡Pero os veo en él!... ¡En Treogat no os veré, pero pensaré en vos sin cesar, siempre! Dirigiré los ojos hacia París, y á través del espacio os reconoceré... Me diré en dónde estáis, lo que hacéis... ¡Veré también á vuestros amigos, que os rodearán! Sabré que veis, que sois feliz como antes. ¡Qué más podré desear!

Y murmuró estrechándose contra mi su exclamación bretona:

—¡Oh! si ¡bah!

—¿Lo quieres?

—¡Yo no quiero más que lo que vos me permitáis!

—¡Pobre niña!

—¡Después...—repuso con gravedad—dentro de algunas semanas... de algunos meses más bien, haréis de mí lo que queráis.

Todas sus palabras están fijas en mi memoria, sus menores gestos han quedado en mis ojos, sus miradas penetran aún hasta el fondo de mi alma.

—Pues bien,—la dije— queda convenido.

—¡Consentís.

—¡Sí.

—¡Oh! gracias.

—Pero te llevaré yo mismo.

—¿De veras?

—¡No lo querías tú?

—Esa sería demasiada alegría.

—No te dejaré hasta que estés en seguridad en casa de tu madrina. Quiero asegurarme... ver por mis ojos...

Un temor la asaltó.

—He dicho por la noche... Es preciso que no sospechen...

—Ten confianza. ¿Cuándo quieres marchar?

—Lo antes posible.

Tenia razón. Era preciso apresurarse.

Hice mis preparativos al día siguiente.

Amontoné objetos de toilette, ropa blanca y toda una canastilla de recién nacido rico, en grandes baules.

Ana-María escribió á su madrina dos líneas:

«Llego en secreto... ¡Ni una palabra á nadie!»

El doce de mayo, á las ocho de la noche, tomé con ella el expreso de Brest.

Una profunda alegría resplandecía en su dulce rostro.

## XXIII

La distancia de París á Treogat es tan larga como de París á Marsella, si se mide por el tiempo que se tarda en llegar.

Yo hubiera deseado que fuese más larga aún.

Sentía mucho separarme de Ana-María.

En el tren nadie hubiera podido sospechar que aquella chica á quien acompañaba era una simple sirvienta.

Susana se había cuidado de su toilette, como lo hacía antes Virginia, pero con otro fin.

Esa Susana es una buena mujer, muy agradecida y que nos debe mucho.

Los buenos amos hacen los buenos criados. Esto es una verdad.

Me preció de ser un buen amo y mi padre valía más que yo su eso.

Susana nos había servido muy bien y había sido generosamente recompensada por ello. Mi padre la legó una renta, como á todos sus criados, y además el derecho á habitar un cuarto en su casa de la calle de Berri, durante su vida.

Susana había tomado cariño á Ana-María, pero me decía con cierta finura: —Yo creo que os sería posible estar bien con todo el mundo.

Yo dudaba de esto. Sabía lo que ella entendía por todo el mundo.

Ese todo el mundo no se componía más que de una sola persona: ¡Angela! y no debía ser tan fácil apaciguarla como suponía Susana. La ofensa era demasiado grave y yo no estaba dispuesto á sacrificar á Ana-María á los justos resentimientos de su antigua ama.

Yo no sabía, pues, cómo salir del apuro. Entretanto, estaba en Bretaña, empujado por los acontecimientos, como empuja á un barco la tempestad.

Las estaciones sucedían á las estaciones: primero la línea de Rennes á Brest, y después en la de Landernan á Quimper.

Los nombres eran raros: Pleyber-Christ, Saint-Thégonnec, Kerhuon, Daoulas, Le Faon y, por fin, Chateaulin.

En la tarde del día siguiente al de nuestra salida, nos aproximábamos al fin de nuestro viaje, después de haber pasado la noche en Brest.

Mi compañera de viaje estaba admirablemente hermosa con su vestido claro cubierto con un guardapolvo de seda que ocultaba la deformación de su talle.

Sus piecitos calzados con botinas del tamaño de las pantuflas de *Cendrillon*; su hermosa cabeza, pálida y fatigada, cubierta con una mantilla negra, una mantilla española, porque Ana-María no había querido sombrero para ir á su país; sus delicadas líneas un poco marchitas á causa de su estado, atraían las miradas de los otros viajeros, y yo leía en sus miradas una forzada simpatía y casi admiración.

De Chateaulin á Quimper nos encontramos solos en el coche.

Me aproveché de esto para repetirla todos mis sentimientos por ella, todas mis ternuras, todo mi amor, todas mis esperanzas.

Las horas volaban. Había tomado mis medidas para llegar ya de noche, á fin de que Ana-María pudiera entrar en casa de su madrina sin ser vista.

Dado es.

la sería difícil.

gún tiempo y no.

que ella quisiera.

Bajamos del tren en Quimper.

Daban las seis en la catedral.

Me procuré un buen coche, y después de comer en un gabinete los dos solos, nos pusimos en marcha.

Teníamos que recorrer unas siete leguas, distancia que debía parecerme tan corta como un sueño feliz.

Un incidente las entristeció.

Salimos de Quimper por una carretera bastante hermosa, que si no me equivoco, debe conducir á Pont-l'Abbé.

Nuestro conductor arreaba á los jacos bretones de larga crin, enganchados á una especie de cabeza que tenía á la parte trasera una plataforma para colocar los equipajes, cuando vimos á nuestra derecha un edificio monumental que me pareció ser uno de esos nuevos liceos con que han cubierto de un extremo al otro el suelo de la Francia.

Me incliné hacia el cochero y indicando con mi bastón el inmenso edificio, le pregunté:

—¿Qué es eso?

El conductor era un mocetón de unos veinte años, de cara alegre y sin malicia aparente. Se echó á reír.

—Eso—dijo—es un hotel para particulares, que no faltan en el país.

—¿Qué particulares?

—Los locos, señor. La casa parece grande y aun es demasiado pequeña. Es el Asilo.

Me arrepentí de haber hecho la pregunta. Sentí que mi compañera temblaba.

Se estrechó contra mí y oí que sus dientes chocaban.

El bretón fustigaba á los caballos á más y mejor.

Pasé un brazo alrededor del talle de Ana-María y la dí un apasionado abrazo.

—¿Quieres que nos volvamos?—la dije al oído.

—No. Se ha pasado. ¡El asilo! Daniel Plouer, el loco de Tréogat, estaba allí encerrado.

Yo no lo había olvidado, pero la pobre muchacha se acordaba de esto mejor que yo. Hizo la señal de la cruz y murmuró algunas oraciones.

Proseguimos nuestro camino en silencio. Mi brazo seguía rodeando el talle de Ana-María.

Poco á poco se calmó el temblor que la había agitado.

El viejo coche rodaba produciendo un ruido de hierro sobre un camino duro, montuoso y accidentado, á través de un país cubierto de landas y de pobres sotos.

De cuando en cuando alguna miserable aldea alineaba sus casuchas á la orilla del camino, y los aldeanos saludaban quitándose sus anchos sombreros rodeados de una cinta de color.

Los pobres diablitos vestían pantalón y chaqueta parda, chaleco, en el que se veían huellas de groseros bordados, polainas de color tierra y gruesos zapatos.

Las mujeres, con la cabeza cubierta por cofias parecidas á grandes alas, nos saludaban, y algunas dirigían al conductor, al pasar, palabras en ese lenguaje bretón, de las que yo no entendía más que una, este era un nombre que repetían á menudo: Yannic Cliden.

Los caballos sacudían sus cascabeles, devorando el espacio con su velocidad.

Esos caballos bretones son infatigables. Por otra parte, Yannic Cliden, porque yo había comprendido que debía ser este el nombre de nuestro conductor, les sostenía animándoles con energía.

El mozo tenía la mano pesada. De cuando en cuando se volvía hacia mí y me decía mostrándome los lugares que atravesábamos:

—Eso, señor, es la capilla de Saint-Meslán; eso, el Plombeyre; eso es el bosque de Corr.

Me dí cuenta que examinaba con atención á Ana-María, como si hubiera estado atormentado por algún recuerdo. A cada momento se volvía únicamente para mirarla; pero esto no me llamaba la atención.

Durante nuestro viaje había excitado la misma curiosidad desde la estación Montparnasse al fondo de la Bretaña.

¿Qué había de particular en que á aquel rústico le agradara su belleza como á los otros?

El día desaparecía con rapidez. Según mis cálculos debíamos llegar á Tréogat, á eso de las nueve.

Habíamos dejado hacía largo rato la carretera de Pont-l'Abbé para tomar un simple camino vecinal y el viento refrescaba, llevándonos las frías brisas, y por decirlo así los olores del mar, cuando, desde la cima de una cuesta, descubrimos á nuestro frente, á

unos cuatro ó cinco kilómetros, el panorama del inmenso Océano en el cual dejaban los últimos rayos del sol un resplandor rojizo parecido al de un fuego que se apaga.

Ana-María se despertó. La mostré el mar.

Un suspiro de gozo hinchó su pecho. Yannic Cliden, que se volvía de nuevo, vió este suspiro, y me pareció que sentía una especie de satisfacción cuya causa no comprendí.

No me dijo más que dos palabras, indicándome un campanario que elevaba su atravesada y delgada veleta por encima de los lejanos peñascos.

—Allí es.

Durante veinte minutos corrió el coche á todo escape por un terreno triste, desierto, en donde levantaban sus negras paredes algunas casuchas medio derruidas. No encontramos ni un habitante, y á las nueve, como yo había previsto, dejando á nuestra derecha una aldea ya dormida en la pendiente de las rocosas playas, por encima de un puertecito ó más bien de una ensenada, en donde estaban amarradas algunas barcas á estacas fijas en la roca, llegamos cerca de una casa baja, bastante sólida y cubierta de pizarras blancas por las nieblas salinas y bien cimentada para resistir á los vientos del mar.

Allí vivía Francisca Cloarec.

Al oír el ruido del coche, salió á la puerta la buena mujer.

Se precipitó á nuestro encuentro. Cogí á Ana-María en mis brazos y la trasporté, más bien que la conduje, á la casa.

¡Qué pobreza! ¡qué miseria! Cuando pienso en esto, me vienen las lágrimas á los ojos.

Yannic descargaba los baules. Le puse en la mano dos luises.

—Esto es para vos—le dije.—Id á comer al pueblo y volved á buscarme á la una; pero ni una palabra á nadie, ¿entendéis?

Miró los luises á la claridad de la luna, y no me contestó más que con un signo de inteligencia.

Subió al pescante y tomó el camino del pueblo al mismo paso que había traído el coche.

Óí los cascabeles de los jacos hasta el momento en que se detuvieron en la entrada de la posada.

Quedé delante de la pobre casa, examinando con desaliento aquel sitio salvaje y miserable, y sin embargo imponente por la mag-

- En San Sebastián, señor Cuevas.
- En San Marcos, señor Rivilla.
- En San Andrés, padre Fernández.
- En las Penuelas, señor Laredo.
- En las Angustias, señor Cano (D. Pedro).
- En los Dolores, D. Bernardino Estéban.
- En Santa Teresa, D. Eduardo Milán.
- En San Luis, señor Alberis.
- En Nuestra Señora de Gracia, señor Sánchez Iglesias.
- En San Pedro, D. Ildefonso Pelayo.
- En San Pedro (Paloma), Sr. Bronchalo.
- En San Lorenzo, señor Pineda.
- En Nuestra Señora de Gracia, señor Barbaiero.
- En las Recogidas, señor Renau.
- En la Pasión un padre dominico.
- En las Calatravas señor Buera.
- En las Salesas señor Carús.
- En San Antonio el padre Martín.
- En San Pascual señor Manzanos.
- En el Caballero de Gracia señor Segó via.
- En las Salesas (calle Ancha) D. Gabino Marqués.
- En las Calatravas el padre Sánchez.
- En Atocha el señor Cuevas.
- En los Servitas el ilmo. Sr. Abreviado de la nunciatura.
- En las Carboneras el señor Zuzunegui.
- En la Enfermería de San Francisco el señor Puibert.
- En Cañizares el señor Sarmiento.
- En las Valdeas el señor Jubero.
- En la Encarnación el padre Sáinz.
- En la Buena Dicha el señor Camacho.
- En Góngora el señor García Cano.
- En el Cristo de la Salud el señor Pastos Just.
- En el Buen Suceso el señor obispo de Tamaso.
- En las Arrepentidas D. Fernando Soler.
- En Santa Isabel el señor Morlans.
- En San Plácido el señor Celorrio.
- En las Comendadoras el señor Greño.
- En los Flamencos el padre Fernández.
- En Monserrat el señor Morlans.
- En las Niñas de la Paz el señor Alla.
- En la Latina el señor Salmerón.
- En San Antonio el padre Martín.
- En las Monjas del beato Orozco el padre Zacarías Martínez.
- En las Fernandas (Cuatro Caminos) don Miguel Barragán.
- En el oratorio del Espíritu Santo el padre Maruri.
- En San Francisco el Grande el señor Zaballós.
- En las Carmelitas (Obelisco) el señor Diez de Rivera.
- En el Asilo del Sagrado Corazón don Isaac de Miguel.
- En la Concepción el señor Gamiz.
- En San Ignacio, señor Mon.
- En Santa Susana el señor García Cano.
- Se reza en la Feria sexta en Paraclete.

El Centro de la Guardia de Honor del Sagrado Corazón de Jesús y la Asociación para el primer viernes de cada mes, devociones establecidas en la iglesia de Reiligiosas Servitas (vulgo Arrepentidas), calle de San Leonardo, celebrarán un devoto ejercicio el Viernes Santo á las tres de la tarde, hora en que próximamente fue abierto por la lanza el sacrosanto costado del Salvador para darlos por esa herida las últimas gotas de sangre de su amoroso Corazón. Predicará el Sr. D. Francisco de la Granja y se terminará con la adoración de la Santa Cruz.

ULTIMA EDICION

SERVICIO TELEGRAFICO PROPIO DE LA CORRESPONDENCIA

EXTRANJEROS

Prisión de Deening.

Londres 14, 12'25 t.

Ayer se dictó auto de prisión contra Deening por el delito de Rainhill. Dice que quizá se le declare irresponsable.—O.

Varias noticias.

Londres 14, 1'10 t.

Algunos diputados importantes creen que las Cámaras se cerrarán en julio. La Central News dice que se ha descubierto una conspiración de anarquistas que se propone hacer una propaganda activa para el primero de mayo, con el objeto de producir conflictos.

La policía los vigila rigurosamente y con especialidad a los extranjeros. Dúdase que sea cierta la noticia de que se proponían secuestrar a personajes importantes ingleses y extranjeros, empleando para ello el cloroformo, y exigiendo dinero para su rescate.—O.

Preparativos para el 1.º de mayo.

Paris 14, 10'25 m.

Todos los grupos socialistas parisienses están de completo acuerdo y organizados para la manifestación del 1.º de mayo. Anoche se reunió el comité acordándose en principio celebrar la única reunión proyectada en el Circo de Invierno, situado en el boulevard de las Filijas del Calvario. Los diversos grupos domiciliados corporativamente, dirigiéndose al punto de reunión.

Como preparación, el día 22 del corriente visitarán el cementerio del Padre Lachaise y el 29 el de Montparnasse, celebrando así el aniversario de la «Semana Sangrienta».—R. Blasco.

NACIONALES

Cañonero.

Alicante 14.

Ha salido para Santa Pola el cañonero Eulalia.—A.

Precauciones de las autoridades.

Barcelona 14, 12'50 t.

Empiezan los fieles católicos a visitar los Sagrarios. Las autoridades han adoptado precauciones para evitar desmanes.—Figueroa.

Meeting republicano.

Barcelona 14, 12'50 t.

En San Andrés de Palomar se ha celebrado un meeting de propaganda electoral al que han asistido representantes de todas las fracciones republicanas, incluído el de los posibilistas.

Se han pronunciado discursos encaminados a excitar el entusiasmo en favor de Salmerón, de los ideales republicanos y del sufragio universal. Un orador dijo que al partido conservador puede aplicarse el dictado de los partidos bandidos.

El Sr. Salmerón levántase a hablar entre grandes aclamaciones de entusiasmo. Declara que está satisfecho de hallarse entre los electores de un importante distrito de la ciudad de capital.

Como todos los republicanos dijo—he venido aquí a compartir los trabajos, a fin de hacer frente con la representación electoral, a los años ministeriales. Afirma que existen vínculos de unidad y concordia entre los partidos avanzados y las juntas regionales.

Dijo que si alcanzaba la representación iría al Parlamento, pero obligándose a compartir sus asuntos con sus electores, para que éstos juzgaran sus actos.

Manifestó también que pedirá economías y que se ocupará con preferencia de las cuestiones sociales y económicas, pues entiende que la representación política debe intervenir en todos los asuntos que puedan interesar al país.

Acusa al gobierno de malversador de caudales y ataca las comedias y farsas representadas por los partidos monárquicos.

Recuerda que las luchas que en su mocedad se entablaron eran por los ideales y no por los intereses. Afirma que la república ofrece a las clases conservadoras más ventajas que la monarquía, pues con aquella se nivelarían los presupuestos rebajando las contribuciones y suprimiendo el impuesto de consumos.

Terminó recomendando el mayor orden y cordura. «Si llegara a escamotear mi representación en Cortes, oponed la virtud de la prudencia, sin perder por esto la virilidad y la energía.»

Las últimas frases de Salmerón son acogidas con salvas de aplausos, tributando al orador una verdadera ovación. Asistieron al meeting cuatro mil personas.—Figueroa.

Grucero.

Bilbao 13.

A las tres salió del dique el crucero Maria Teresa, dejándolo amarrado bajo la máquina, y las cinco. Los fondos resultaron en perfecto estado de conservación.—Coll.

La escuadra de instrucción.

Cádiz 13.

Hoy a las 6 de la mañana salió a la mar la escuadra de instrucción compuesta de los buques Alfonso XII, Pelayo y Reina Regente.

Candidatos.

Córdoba 14, 1'35 t.

En los círculos políticos hablábase de las elecciones para diputados a Cortes en los distritos vacantes. Hasta la presente lucharán por la circunscripción los señores conde de Cárdenas, ministerial; D. Antonio Barroso, federalista; y D. Luis Valenzuela, republicano.

Dícese que los Sres. Isasa y Conde y Luque aspiran a la reelección.—Escamilla.

Venta de dinamita.—Llegada.

Murcia 13, 5 t.

Cumpliendo órdenes del gobernador, se ha suspendido la venta de dinamita en varios establecimientos de La Unión, que no estaban autorizados para ello, y han sido depositadas convenientemente todas las existencias concentradas de este explosivo.

Solo en un establecimiento había 16.000 fulminantes y una considerable cantidad de cajas de dinamita para el consumo de aquel importante distrito minero. Ha llegado a esta capital el señor conde de Michelena.—Fruitas.

El contrabando.

San Sebastián 14, 10'20 m.

Las autoridades continúan practicando en la frontera la más activa vigilancia para evitar la entrada de contrabando. No pasa día sin que los guardias hagan aprehensiones. Ayer mismo quedó detenido un sujeto que intentaba pasar por Irún, llevando un fardo de rosarios. Asegúrase que el administrador especial de Hacienda abonará uno de estos días a los confidentes de los alijos realizados el tanto por ciento que les concede la ley.

Uno de ellos cobrará 147 pesetas, 171 el segundo y 4373 el tercero.—El correspondiente.

Semana Santa.

San Sebastián 14, 10'40 m.

Las fiestas de Semana Santa se celebran con tiempo espléndido y primaveral. La bandera española ondea en todos los establecimientos oficiales. La empresa que trabaja a vista de la decoración de fieles, ha abierto un ser-

vio especial desde la plaza Vieja, con objeto de que el público visite con más facilidad las iglesias y la cárcel.—El correspondiente.

Solemnidades religiosas.

Valencia 14, 12'30 t.

Con motivo de la festividad del día, las calles de la ciudad se ven concurridísimas por la gente que hace las acostumbradas visitas a los sagrarios. Una comisión del Ayuntamiento ha asistido a los oficios de la Catedral.

Todas las iglesias están convenientemente vigiladas para evitar se cometa ningún acto pumible, y esta tarde a las seis, según lo dispuesto por el cardenal Monselló, se cerrarán, en vez de estar abiertas hasta las diez de la noche, como en los años anteriores.

Las autoridades han celebrado estos días varias entrevistas para asegurar el orden debido, y es muy difícil que se intente ninguna tropelia.

La acostumbrada procesión del entierro, que anualmente sale de la iglesia de la Sangre, ha sido suspendida, en vista de que no se cumplió el orden del cardenal Monselló relativo a que estuviera de regreso a las seis de la tarde, había de salir a las dos y media, perdiendo el acostumbrado lucimiento.

Mucha gente ha marchado hoy a Játiva y Sagunto, para presenciar las funciones y procesiones de estos días, que en aquellos puntos revisten gran solemnidad y magnificencia.

También mañana por la mañana tendrán lugar en el Cabañal y Villanueva del Grao las tradicionales procesiones llamadas de los Pasos, en las que se despliega inusitada pompa.

En este momento se dirigen las autoridades a practicar la visita de los sagrarios.—Ferrando.

DE LA AGENCIA FABRA.

Paris 14.

La comisión de la Cámara que estudia los proyectos de navegación interior, ha pedido al gobierno que inmediatamente se le remita para su examen el proyecto relativo a los canales del Rodano.

También ha solicitado que el gobierno presente lo antes posible el proyecto relativo al canal del Norte.

Paris 14.

El arzobispo de Paris, monseñor Richier, ha sido autorizado por el presidente de la república para que pueda trasladarse a Roma.

Paris 14.

El ministro del Interior ha dispuesto que los prefectos de los principales departamentos vengan la semana próxima a Paris, con objeto de darles instrucciones precisas, tanto respecto a las elecciones municipales como a la conducta que deben observar con motivo de las manifestaciones de 1.º de mayo próximo.

San Petersburgo 14.

El estado del presidente del Consejo, señor Giers, inspira serias inquietudes, temiéndose un funesto desenlace. La enfermedad ha degenerado en una pleuresía.

La opinión se preocupa vivamente por la salud del enfermo.

Bruselas 14.

El Consejo superior de comercio se reunió anoche en el ministerio de Agricultura para examinar el mensaje presentado por el gobierno relativo a la tarifa mínima arancelaria ofrecida por España para negociar con Bélgica la celebración de un tratado de comercio.

El Consejo acordó nombrar una ponencia de individuos de su seno que informe sobre la tarifa, así como también sobre observar con motivo de las manifestaciones de 1.º de mayo próximo.

San Petersburgo 14.

El ministro de Hacienda sigue enfermo de bastante gravedad, creyéndose que el Sr. Theodor se encargará del despacho hasta que el ministro esté restablecido.

Roma 14, 3 t. (Urgente.)

El ministerio ha presentado la dimisión.

EL PROCESO DE LOS DINAMITEROS

«Ni mañana ni pasado nos ocuparemos en practicar diligencias; por lo tanto pueden ustedes aprovecharse, si gustan, en tener entrevistas con los procesados, a quienes he puesto en comunicación.»

Así se expresó el bondadoso y activo juez, Sr. Saavedra, y ratificó el fiscal, Sr. Barneuve, dirigiéndose a un grupo de reporteros que estaban presenciando la prueba practicada ayer en el Arroyo de Cantarranas.

Como era natural, procuramos esta mañana aprovechar tan favorable circunstancia, logrando nuestro propósito.

Suplicamos comunicación separadamente con los procesados Ferreira, Debats y Felipe Muñoz, por el orden indicado.

Ferreira, con gran tranquilidad de espíritu, demostrando, queriendo demostrar su inocencia en el proceso que se ve envuelto, se presentó a nuestra visita ofreciéndonos a decirnos y contestarnos a todo cuanto le preguntáramos, toda vez que su deseo era hablar del asunto.

«He aquí como se expresó el portugués Ferreira: «Ustedes los que se dedican a recoger impresiones, no siempre llegan a recoger las exactas.»

Yo, como sabían ustedes, hasta hoy he permanecido incomunicado y preso me encuentro aun, no sé por qué motivo.

Yo vine a Madrid a trabajar en mi oficina de sombrerero el 9 del pasado marzo; busqué ocupación, y me fué imposible hallarla; me decidí después a buscar ocupación como pintor de muestras, y me ofreció el propio. Cuando todas las puertas las encontré cerradas, intenté marchar a Barcelona, y no teniendo dinero para trasladarme allá, entregué una carta que me dieron a mi salida de Portugal para Ernesto Alvarez, director de El Anarquista, de quien solicité gestiones un billete de caridad para emprender el viaje.

Continué paseando varios episodios durante su permanencia en Madrid, que nada de particular ofrecen; refiriendo después lo que en pocas palabras consignaremos.

Dijo que él no conocía ni a Muñoz ni a Debats cuando estaba buscando trabajo; que los conoció en el Circolo de Trabajadores de la calle de la Cabeza, donde le presentó Alvarez con el fin de que los compañeros le conociesen y vieran el medio de sacarle de la angustiosa situación en que se encontraba.

Allí, en aquel círculo, hice amistades con Muñoz y Debats, y allí empezó mi desventura.

«Diga usted—le preguntamos—¿eran muy amigos Muñoz y Debats?»

«Yo creo que una intimidad grande no tenían; pero seguramente entre Muñoz y Debats siempre hubo más amistad que la que yo tenía con ninguno de ellos.»

«¿Dónde cargaron ustedes las bombas?»

«Lo ignoro.»

«¿Pues no se las ocuparon a usted al entrar en el Congreso?»

«Ahí sí, pero eso es preciso explicarlo.»

«Dos horas antes de haber sido cogidos Debats y yo, nos invité a comer en la taberna de la calle de León, Felipe Muñoz. Este, después de habernos sentado en la taberna, dijo nos repentinamente: «Voy en seguida a casa a traer fruta para acabar de comer.» Salí del establecimiento poco tiempo después se presentó

en la taberna con un objeto envuelto en un papel sobre el cual había algunas manzanas que para postrer comimos.

«Cuando salimos de la taberna, nos dirigimos a la plaza de las Cortes, en donde recuerdo que Felipe Muñoz, leyendo en El Liberal lo hecho por Ravachol en París me llamó: «¡Estos son anarquistas!»

«Se me olvidaba decir que Muñoz, al entrar en la taberna, dejó en un rincón el bulto que llevaba y que cuando salimos de la taberna cogió Muñoz y se lo puso debajo del brazo.»

«Poco tiempo antes de llegar a la calle del Florín, me entregó el expresado bulto Felipe Muñoz, diciéndome: «Tómalo y llévate la carga a medias.»

«¡Vid usted si Muñoz entregó otro bulto a Debats!»

«Yo no vi nada.»

«¿Cuando esto ocurrió, ¿estaba muy distante de usted Debats?»

«A poca distancia de nosotros; pero iba delante, por lo cual estoy seguro de que no observé nada.»

«¿Y usted tomó con algún recelo el bulto?»

«Sí, señor; porque, la verdad, me extrañó mucho que estando tan distante de la casa de Muñoz de la taberna de la calle de León, volviere tan pronto de su domicilio con dicho bulto.»

«¿Y si tenía usted alguna escama, ¿por qué ya que lo tomó usted, no lo descubrió?»

«Por pura delicadeza.»

«¿Y que opina usted? ¿Debats estaría en el secreto?»

«No estoy seguro; pero me atrevería a afirmar que estaba también ignorante de todo.»

«¿Quién estuvo con usted en el Arroyo de Cantarranas ensayando una bomba de llamar atención, con intención de colocar otras, si salía bien el ensayo, en las pilillas del agua bendita que hay en las iglesias?»

«¿Bomba? ¡Jamás he estado practicando ese ensayo!»

«¿Pues Muñoz ha dicho que usted, Debats y otros estuvieron una mañana en dicho arroyo.»

«Es falso, falsísimo. Ese hombre es un impostor.»

«¿Y Debats, estuvo?»

«Eso lo ignoro.»

«¿Por no molestar a usted más no quiere seguir interrogándole. ¿Desea usted decir alguna cosa más?»

«Pues únicamente que protesto de la detención de que fui objeto por la policía del distrito que me hicieron en una muñeca al cogermelo y de la prisión que estoy sufriendo, por lo injustificada.»

Se retiró a su celda y ocupó el locutorio de los señores Debats. He aquí en resumen el contenido del diálogo:

«¿Desea usted decirnos alguna cosa referente al proceso?»

«Es tanto lo que hay que decirnos sobre el particular, que no se acabaría nunca.»

«¿Es usted anarquista?»

«Anarquista soy; pero no a lo Ravachol, no criminal, no destructor, no enemigo de lo grande. Soy anarquista de orden.»

«¿Dónde conoció usted a Ferreira y a Muñoz?»

«En el círculo de la calle de la Cabeza.»

«¿Qué concepto le merece a usted Felipe Muñoz?»

«Es un trapisonda, es cualquier cosa.»

«¿Sabe usted, cuando iban por la calle del Florín con Ferreira y Muñoz, que aquel llevaba las bombas?»

«No sé nada.»

«¿Pues si dice que usted cargó las bombas en el círculo de la calle de la Cabeza.»

«No es cierto.»

«¿Quiénes estuvieron con usted y Muñoz probando una bomba dorada en un arroyo que hay en la Florida?»

«No sé cuando ocurrió semejante cosa. Eso es falso.»

«¿No estuvo usted almorzando después?»

«Insisto en que no. A un periódico voy a dirigir una extensa relación de todos mis actos realizados desde que llegué a Madrid, si bien daré el encargo que mande copias a los demás diarios; así se sabrá todo.»

Después de este diálogo, nos despedimos del francés, y éste se retiró a su encierro.

Diez minutos después tuvimos ocasión de hablar con Felipe Muñoz, que tan importante papel juega en el proceso.

Entró en el locutorio sonriente, satisfecho, manifestando en su semblante el deseo de oír un largo párrafo, pues por temperamento es locuaz.

He aquí la síntesis de nuestro interrogatorio:

«¿En dónde estaba usted cuando cogieron a Debats y Ferreira en la calle del Florín?»

«Muy cerca, pero puse pies en polvorosa...»

«¿No era usted auxiliar de la policía para poder prender a los dos anarquistas extranjeros?»

«No señor, pero eso vine a realizar.»

«Bueno, que digan lo que les de la gana. Cuanto más nieguen, más afirmo.»

«De modo que usted insiste en todo lo dicho y niega lo expuesto por su patrona doña María Naves?»

«Claro está que sí.»

Después de esto, no creímos oportuno continuar la entrevista, dejando al juzgado que esclarezca los hechos que entendiéndonos necesarios y procedentes.

JUEVES SANTO EN PALACIO

La corte española, respondiendo a sus tradiciones, se ha consagrado hoy a piadosos ejercicios.

Austria ha llegado a nuestros días con ligeras modificaciones, y las fiestas religiosas se han celebrado en Palacio con solemnidad análoga a la que se usaba en los tiempos del emperador Carlos V y de la corte del Retiro.

A las doce salió S. M. la reina regente de sus habitaciones en dirección a la capilla.

La comitiva se organizó como de costumbre, precediendo a la augusta señora los gentiles hombres y mayordomos de semana y crecido número de grandes de España.

En pos de S. M. iba S. A. la infanta doña Isabel y cerrando el cortejo real las damas, los jefes de Palacio y los oficiales mayores de Alabarderos.

La corte se ha presentado hoy en todo su esplendor.

Vestía S. M. la reina, con elegancia sin igual, un precioso traje de raso gris, bordado con azabaches y manto negro de seda, con encajes y lentejuelas.

Sobrio collar de hermosas perlas, blancas e irisadas, cofia su garganta, y magnífica corona, también de perlas, adornaba su cabeza, en la que llevaba, admirablemente prendida, la hermosa mantilla blanca.

S. A. la infanta doña Isabel lucía un lindo vestido azul pálido con flores y joyas de inmenso valor.

Las damas de la reina han hecho un alarde de riqueza en sus diademas y prendidos de buen gusto en sus tocados.

La duquesita de Bailén iba elegantísima.

La de Osuna llevaba una hermosa corona de colosales esmeraldas.

La de Granada de Ega, que ha frecuentado poco las fiestas de Palacio, ha brillado hoy en el corte por su gentileza y elegancia. En sus galas se combinaban con exquisito gusto los colores blanco y lila.

La duquesa del Infantado aparecía bellísima como siempre, luciendo un espléndido traje de oro viejo y joyas de brillantes turquesas.

La marquesa de Mondéjar vestía de blanco, con manto de terciopelo granate; la condesa de Superunda y la marquesa de Perales, de raso gris perla; la condesa de Heredia Spínola, de blanco con sobria corona de brillantes; la de Sástago, de negro, como recordando los lutos de la familia, y de blanco la duquesa de Maqueda.

La duquesa viuda de Bailén, la condesa de Torrejón y la duquesa de Medina de Rioseco iban ricamente ataviadas.

Además del duque de Medina Sidonia y del marqués de Casa Irujo, figuraban en la comitiva regia los duques de Tamames, Granada de Ega, Gor, Infantado, Seo de Urgel, Santo Mauro, de la Torre, Bailén, Vistahermosa y Medina de Rioseco; los marqueses de Sierra Bullones, Sotomayor, Hoyos, Ricana, Valdecarlos, Torrecilla, Bedmar, Perales, Roncali, Aranda, Mondéjar, Quintanar y Guad el Jeld, y los condes de Aguilar de Inestrillas, Superunda, Guauqui, Xiqueña y Humanes.

La capilla ofrecía brillante aspecto. El esplendor de la corte y la solemnidad de los divinos Oficios daban tonos de grandeza a la fiesta religiosa.

Ofició el representante de la Santa Sede asistido por el clero palatino.

S. M. la reina doña Isabel apareció en la tribuna vestida de raso blanco brochado con tizú de oro. A su lado se hallaba la condesa de Rivadeo, lujosamente ataviada de blanco.

La procesión del Santísimo resultó vistosa e imponente por el interior de la capilla.

El público se apiñaba para no perder un detalle de la función religiosa.

Los grandes de España y las damas de la reina evocaban recuerdos suficientes para reconstituir la historia de nuestra patria.

El conde de Aguilar de Inestrillas traía a la memoria hechos gloriosos de las guerras de los reyes Católicos en Granada y Portugal; los duques de Bailén la derrota de las huestes de Dupont en los desfiladeros de Sierra Morena; el conde de Guauqui, el triunfo alcanzado por las armas españolas en América en 1841; el marqués de Sotomayor, el reinado de Carlos III; el duque de Tamames, la batalla de las Navas de Tolosa y la reconquista de Andalucía, favorecida por sus antepasados desde su residencia de Ubeda; la condesa de Sástago, la conquista de Valencia, Murcia y Mallorca y el pontificado de Benedicto XIII, que perteneció a esta dinastía; la marquesa de de Santa Cruz, el reinado de Alonso de Ballestar, la batalla de Fraga y el glorioso combate de Lepanto, en que conquistó laureles D. Alvaro de Bazán; los duques de Sessa, al Gran Capitán; el duque de Sotomayor, la batalla de las Navas y la conquista de Sevilla; la duquesa de Osuna, la monarquía de León; la conquista de Toledo, la batalla de las Navas, las guerras de Granada en el último tercio del siglo XV y la paz de Utrecht; el duque de Medina Sidonia a Guzmán el Bueno y la leal defensa de Tarifa; el marqués de Perales, los reinados de Alonso X y Fernando el Santo y el cerco de Gibraltar en 1318; la condesa de Torrejón, el reinado de Juan II; el marqués de Valparaiso, la conquista de Chile y la expulsión de los moriscos de Granada; los duques de Medina de Rioseco, la paz de Munster y la menor edad de Carlos II, y el marqués de la Romana, la conquista de Mallorca y Valencia, la de Murcia y Almería y la toma de Bremen y de Verceil.

Cerca de las dos de la tarde salió de la capilla, en procesión, la regia comitiva precedida por el clero palatino con cruz alzada.

Por la galería, donde había público muy numeroso, se examinó la corte al salón de Columnas, que se hallaba dispuesto para la celebración de la edificadora ceremonia del Lavatorio y comida de los pobres.

En el intercolumnio de la parte Norte se veía un antiguo altar portátil, recientemente restaurado, destacándose sobre el fondo de un hermoso tapiz del siglo XVI, cuyos cartones se atribuyen a Alberto Durero. Forma parte de la preciosa colección de la Apocalipsis de San Juan, está tejido con oro, plata, seda y lana, se halla en perfecto estado de conservación y representa las Bodas del cerbero.

En la derecha e izquierda ocupaban bancos rasos forrados de bayeta verde, los pobres a quienes cupo en suerte asistir a la ceremonia.

En la parte contigua a la saleta de Gasparini, se levantaban tribunas para los grandes de España, el gobierno de Su Majestad, la reina doña Isabel y la infanta del mismo nombre, y el cuerpo diplomático extranjero.

En frente se extendía a lo largo del salón de Columnas, la tribuna pública que desde el momento de franquearse la entrada se vio muy concurrida.

La del cuerpo diplomático se hallaba

ocupada por los embajadores, ministros y secretarios de legación. En medio de los variados y vistosos uniformes destacaban bellas y elegantes damas que llevaban la blanca mantilla española.

En la blanca mantilla española, los ministros de la Corona, excepto el señor Romero Robledo.

La aparición en su tribuna de S. M. la reina doña Isabel y de su augusta hija, determinado en todos los lados del salón un movimiento de viva simpatía a las egregias damas.

Después de las preces de fábrica, procedió la reina regente a lavar los pies a doce mujeres.

Rociada el agua y secados los pies, consumaba S. M. el acto edificante de caridad cristiana estampando en ellos un beso.

Algunas de aquellas infelices se hallaban con comidillas, que no pudieron contener las lágrimas.

Las damas de la reina iban en pos de ella calzando a las pobres mujeres.

Terminado el lavatorio, fueron llevados los hombres a la mesa situada al pie de las tribunas.

Las damas formaron larga fila, y con su ayuda y la de los duques de Medina Sidonia y Sotomay

